

## BIBLIOGRAFIA

propia vida, haciéndose cargo de la contingencia y singularidad, de la elasticidad y movilidad de la vida concreta (pp. 130-131). Así la *futura*ción, inherente en la vida humana, tomando como guía a la razón práctica y su «conocimiento directivo», realiza la esencia de la vida humana, «la verdad de mi vida la tengo que conseguir en la apertura libre a un futuro» (p. 156).

J. Cruz Cruz contrapone a la razón práctica la utopía, la cual simplifica el mundo (p. 144), al proyectar un orden abstracto para introducirlo después en la vida (p. 165), eliminando el carácter aprehensivo de la razón práctica. Ese orden abstracto depende de un ideal de perfección, el ideal del paso a un «nuevo mundo» en el propio, y por ese ideal la utopía constituye una secularización de la escatología (p. 137).

La vida humana en sociedad tiene sentido en cuanto que la misión de la sociedad es recrear culturalmente al hombre (p. 175), haciendo cultura subjetiva de la cultura objetiva, «hecha subjetiva esa cultura, el hombre adquiere un trato más humano con la naturaleza» (p. 176). Ese sentido de la vida está guiado por la razón práctica.

La verdad intelectual y la verdad de la vida no pueden alcanzarse sin la teoría, puesto que «la esencia de la teoría es el dirigirse hacia la verdad de las cosas y sólo hacia la verdad» (p. 180). De ahí la negatividad del dominio de la ideología —que pretende el poder o se iguala a él— en la sociedad, y la necesidad de la conjunción entre verdad, filosofía y sociedad (pp. 188-189).

El libro presentado por el profe-

sor J. Cruz Cruz está expuesto con gran claridad y plantea profundamente las cuestiones relativas al destino del pensamiento teórico, que hoy se halla casi enteramente abandonado en la razón técnica; así como cuestiona la posibilidad de que el hombre llegue de nuevo a *pensar* liberándose del yugo de la utopía y de la ideología. Esta obra posee, pues, un gran interés para la actualidad de la Filosofía.

M.<sup>a</sup> JESÚS SOTO BRUNA

ECHEVERRÍA, Javier, *Leibniz*, Ed. Barca-nova, El Autor y su Obra, Barcelona 1981, 144 págs.

Sorprende que una monografía dirigida a un público amplio pueda alcanzar la profundidad de este breve trabajo de Javier Echeverría. La abundancia de los aspectos estudiados de la obra de Leibniz no ha sido obstáculo para que cada uno de ellos goce de la hondura precisa. Sin perder de vista que el público al que está destinada esta obra no se reduce al filosófico, los principales temas tratados quedan anudados en una visión de conjunto muy lograda. Todo ello es muestra de que el autor debe ser considerado como un especialista en muchos temas de la filosofía leibniziana.

Ya en la *Introducción*, Echeverría manifiesta su propósito de conjugar la visión caleidoscópica que en nuestros días suele tenerse de Leibniz con un estudio centrado en la noción de individuo. Leibniz, en efecto, aborda en sus escritos una

## BIBLIOGRAFIA

ingente cantidad de temas, no sólo filosóficos: el último capítulo de este libro es un buen reflejo de ello. Y dentro de la filosofía, Leibniz se interesó por todas las cuestiones que la tradición se había planteado hasta él. Por otra parte, su investigación se ve dificultada porque muchos escritos permanecen todavía inéditos. Recurrir entonces a una visión de conjunto podría levantar la sospecha de que conlleva el abandono de muchos aspectos de la filosofía leibniziana. No es así: el ser individual goza de una irreductibilidad perfectamente conjugada con la omnicomprensión: cada individuo encierra en sí una visión completa de todo el universo. Lo que ocurre es que nuestra inteligencia finita no es capaz de descubrir todo lo que los individuos esconden. Por eso comenta Echeverría que en este terreno la aportación de Leibniz más original y digna de ser comentada será «la necesidad de concebir a Dios si se quiere pensar de verdad al individuo» (p. 10).

El libro está dividido en tres capítulos. En el primero —*Leibniz, Gottfried Wilhelm*— se detallan pormenorizadamente los viajes, los trabajos y los escritos de Leibniz. El segundo capítulo —*Leibniz filósofo*— muestra el itinerario intelectual que lleva de la Monadología a los escritos de Teodicea: la unidad de los atributos de cada individuo no puede ser intuida más que por una inteligencia infinita, Dios, que a su vez es la Monada dominante, causa de la unidad de la pluralidad manifestada. En este segundo capítulo se encuentran los análisis más sugerentes, principal-

mente en lo que se refiere a la creación del mundo: la libertad divina —postulada como equivalente a la indemostrabilidad de que Dios quiera elegir el mundo más perfecto (p. 62)—, la aniquilación de los seres incompatibles con el mundo creado (p. 73), la solución al problema del mal —Dios, al crear, no compara individuos sino mundos (p. 79)—. Esta segunda parte concluye con la fundamentación lógica de la filosofía de Leibniz, donde se destaca la importancia del principio de los indiscernibles como confirmación del engarce entre el conocimiento *a priori* y el basado en la experiencia (p. 108). Por último, el *Leibniz científico*, último capítulo del libro, muestra las múltiples facetas de un proyecto «al que Leibniz dedicó toda su vida: la *Mathesis universalis*, *Logica realis*, y *Lingua rationalis*» (p. 114): intentos de unificación universal en Matemáticas, Lógica y Lengua.

El interés por mostrar la unidad de una variedad tan grande de temas responde no sólo a un ideal didáctico o especulativo de Echeverría: es el mismo espíritu leibniziano quien late detrás de esa pretensión. El despliegue de las propiedades de los individuos, de todas las manifestaciones del universo, está ya predeterminado, y lo único que queda es tratar de acertar con lo que la presciencia divina ha previsto. Ahí se juega la libertad individual. Y la mejor alabanza que puede hacerse de la filosofía leibniziana es decir que «Leibniz acertó a ser Leibniz» (p. 84).

JOSÉ M.<sup>a</sup> ORTIZ